



La parábola del hijo pródigo

Charles Péguy, Palabras Cristianas (1982)

“(…) Pero entre todas, entre las tres, destaca la tercera parábola.
Ha sido contada a innumerables hombres (desde la primera vez que fue contada)
y a menos de tener un corazón de piedra, hijo mío,
¿quién sería capaz de escucharla sin llorar?
Desde hace miles de años viene haciendo llorar a innumerables hombres
Y ha tocado en el corazón del hombre un punto único,
secreto, misterioso, inaccesible a los demás.

Durante todos los siglos y en la eternidad los hombres llorarán por ella
y sobre ella, fieles e infieles,
por toda la eternidad hasta el día del juicio
y hasta en el mismo juicio.
Esta es la palabra de Dios que ha llegado más lejos, hijo mío,
la que ha tenido más éxito temporal y eterno.
Es célebre incluso entre los impíos
y ha encontrado en ellos un orificio de entrada
y quizá es ella sola la que permanece clavada
en el corazón del impío como un clavo de ternura.
Puesto que Él dijo: “Un hombre tenía dos hijos...”
Y el que lo oye por centésima vez
es como si lo oyera por vez primera.

¡Qué punto sensible ha encontrado en el corazón del hombre!
Un punto de dolor y desgracia y esperanza,



EL SENTIDO BUSCA AL HOMBRE

INSTITUTO JOHN HENRY NEWMAN - UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA

un punto doloroso y de inquietud,
como un golpe que produce un cardenal en el corazón del hombre...
Es la sola palabra de Dios que el pecador no ha ahogado en su corazón;
una vez que esta palabra ha mordido su corazón
ninguna voluptuosidad borraré ya la huella de sus dientes.
Una palabra que acompaña,
que le sigue a uno como un perro,
un perro a quien se pega, pero que continúa con uno,
como un perro maltratado que vuelve siempre a uno.

Y es que ella enseña que no todo está perdido
que no entra en la voluntad de Dios
que se pierda uno solo de estos pequeños.
Cuando el pecador se aleja de Dios, hijo mío,
arroja al borde del camino en las zarzas y entre las piedras,
como si se tratase de cosas inútiles y embarazosas,
los bienes más preciosos, más sagrados,
la Palabra de Dios, los más puros tesoros.

Pero hay una palabra de Dios que no arrojaré
y sobre la cual el hombre ha llorado tantas veces.
Es un tesoro de Dios que no arroje esa palabra a las zarzas del camino.
Y es que no tenéis necesidad de ocuparos de ella y de llevarla a cuestras,
porque es ella la que se ocupa de vosotros y de hacerse llevar,
es ella la que sigue, una palabra que sigue, un tesoro que acompaña.

Las otras palabras de Dios no se atreven a acompañar al hombre
en sus mayores desórdenes,
pero en verdad que esta palabra es una desvergonzada,
no tiene miedo, no tiene vergüenza
y tan lejos como vaya el hombre,



SEMINARIO

EL SENTIDO BUSCA AL HOMBRE

INSTITUTO JOHN HENRY NEWMAN - UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA

en cualquier terreno, en cualquier oscuridad
siempre habrá una claridad, lucirá una llama, un puntito de llama,
siempre velará una luz que no será puesta bajo el celemín,
siempre lucirá una lámpara,
siempre habrá un puntito cocido por el dolor:
“Había un hombre que tenía dos hijos...”
En verdad que esta palabra no es vergonzosa,
es como una hermanita de los pobres
que no tiene prevención en manejar a un enfermo o a un pobre.

Lanza, por así decirlo, un desafío al pecador.
Le dice: “Por donde quiera que vayas iré yo,
ya lo verás, y conmigo no tendrás paz, no te dejaré en paz”.
Y esto es verdad, y el pecador lo sabe perfectamente y,
en el fondo, él ama a su perseguidora
porque en el fondo mismo de su vergüenza
y su pecado prefiere no tener paz,
y esto le tranquiliza un poco.

Y así es como permanece un punto doloroso,
un capullo de esperanza en la vida del pecador,
porque, al menos, no se apagará jamás una claridad: la de la tercera parábola,
la tercera palabra de la esperanza: “Había un hombre que tenía dos hijos...”.